San José como modelo para la protección de la vida

En tus manos | *Arzobispo Robert G. Casey*

Mientras nuestra Iglesia celebra el Mes Respetemos la Vida este octubre, podríamos reflexionar sobre San José, quien nos sirve de modelo sobre cómo podemos incorporar el respeto por la vida en nuestro discipulado diario. Sabemos que San José fue un defensor de la dignidad, un modelo de fe y un protector de los vulnerables. Como defensor de la dignidad, José apoyó a María en un momento en el que otros la habrían juzgado y condenado. Como ejemplo de fe, José demostró una profunda confianza en la voluntad de Dios, incluso cuando el camino a seguir para María y para él parecía incierto y lleno de desafíos. Como protector de los vulnerables, José aceptó plenamente su vocación de esposo y padre, envolviendo a María y a Jesús en su abrazo protector.

Al ver que la vida humana se está convirtiendo en una mercancía desechable para muchas personas en el mundo, nos unimos a San José para proclamar la bondad y el carácter sagrado de toda vida, para que la dignidad de cada persona sea defendida desde el vientre materno hasta la tumba. Nos vemos obligados a educar a otros sobre prácticas preocupantes que siguen en aumento. Por ejemplo, el uso de píldoras abortivas, que deshumanizan el embarazo y desconectan a las parejas de las consecuencias físicas, espirituales y emocionales de sus decisiones, así como la ayuda médica para morir—una práctica bastante distinta a la pastoral de cuidados paliativos—que fomenta la indiferencia e ignora el valor de quienes sufren.

Ante la creciente separación entre la fe y la sociedad, nos unimos a San José para declarar que todo lo que hacemos, desde el trabajo diario más mundano hasta el culto más sagrado, debe revelar a Dios al mundo. De lo contrario, la fe se convierte con demasiada facilidad en una experiencia privada. Mientras nos esforzamos por comprender por qué las cosas son como son, debemos procurar no ponernos excesivamente a la defensiva, con corazones endurecidos y mentes cerradas.

Desde los no nacidos hasta los migrantes que viven entre nosotros, escuchamos la voz de los vulnerables que hoy claman por nuestra protección. Es posible que el mundo que nos rodea exija que sigamos un camino que divide y vence. Muchos insistirán en que cada uno debe velar por sí mismo; los deseos individuales tienen más importancia que las necesidades o los deseos de los demás. Sin embargo, al igual que San José, nosotros pensamos diferente. Oímos la voz de Jesús en la voz de los vulnerables, el mismo Jesús que oró: "para que todos sean uno".

El mes pasado escribí una Carta Pastoral sobre la Eucaristía a los fieles de nuestra arquidiócesis en la que hablo de la importancia de esforzarnos por lograr una mayor unidad entre todos los hijos de Dios. Nuestra protección de los más vulnerables está directamente ligada a nuestra identidad como pueblo eucarístico, una comunidad definida por nuestra experiencia de comunión. Unidos a Dios y al prójimo, buscamos proteger a los más indefensos de quienes puedan querer

hacerles daño, sabiendo que cuando uno de nosotros sufre, todos sufrimos. La unidad está en el corazón de la misión de la Iglesia. Mi esperanza es que mi Carta Pastoral titulada "Para que todos sean uno" sea un catalizador para una mayor comunión con Dios y unos con otros a través de la vida litúrgica de nuestra arquidiócesis, y que nos anime a defender a quienes no pueden defenderse a sí mismos.

Mediante su fortaleza serena y su obediencia a Dios, San José ofrece un poderoso ejemplo de protección de la vida humana y la dignidad. A lo largo del año, imitemos su fiel confianza y su intrépida convicción en nuestros esfuerzos por defender la dignidad humana y celebrar el don de la vida. Al igual que San José, ofrezcamos a quienes nos rodean un poderoso testimonio, enseñando con palabras y con el ejemplo que toda vida es sagrada.